

El tapial

Tomó el fusil y lo ocultó en el baúl del auto; cerró la casa y partió bajo el sol quemante de la siesta. "Los esperaré en la curva del monte". - decidió avanzando por el camino de tierra arenosa que hacía temblar el viejo Falcón. Detrás de los alambrados, el monte ondulaba en un horno caliente, lanzando sobre su cara un áspero vaho de aguas estancadas.

Sentía la garganta seca y el odio circulando por su cuerpo como aceite caliente.

Cuando le dio la mano supo que estaba enamorado de esa mujer, porque el ramalazo de ternura que le aflojó las piernas y le paralizó la lengua no podía ser otra cosa. Los días se hicieron interminables pensando en ella; imaginando diálogos que nunca diría y haciendo planes para encontrarla de nuevo y ahora sí, decirle lo que sentía.

La conoció a través de una amiga en un encuentro falsamente espontáneo. Sus ojos lo miraron al ser presentados y luego huyeron a cualquier lado, mientras una coloración rosada teñía las mejillas de una cara tempranamente madura.

"Roxana" - alcanzó a entender de una voz tenue y evasiva y evitó inventariar su cuerpo para tranquilizarla, pero le quedó una imagen desvalida de adolescente perdida.

Los signos que recibió después fueron alentadores; miradas que parecían casuales pero no eran, sonrisas y esa frase que dijo como al descuido y que pareció una tontería, pero cuyo significado sólo él entendió esa noche de sábado que la buscó para jugar sus sentimientos a una sola carta.

Al anochecer estaba listo para salir y maldijo la nueva costumbre de comenzar los bailes después de medianoche. Recordó con angustia que la vejez lo había invadido de golpe: una noche se acostó bien y amaneció viejo. Se dio cuenta porque la soledad lo complacía como nunca y la pérdida de interés llegaba a ser resignación. Pero ahora su vida de empleado público próximo a jubilarse volvía a tener sentido y aquello lo rotuló como una crisis superada.

Desvió a la izquierda sobre un camino que interceptaba la ruta por donde vendrían.

A poco andar encontró que el camino se bifurcaba y detuvo la marcha indecisa; le pareció extraña la redundancia de caminos que llegan a un mismo lugar. Apoyó la cabeza sobre el volante y cerró los ojos.

La encontró parada a un lado de la pista de baile conversando con sus amigas casi al final de la noche se reunieron en el bar, conversando de cosas intrascendentes que sólo los tímidos inventan bien. La acompañó a su casa y al despedirse le dio un beso que ella aceptó con más ceremonia que entusiasmo. Desde ese día los encuentros se hicieron frecuentes, alimentando una serena relación afectiva que maduró cuando resolvieron vivir juntos.

Comenzó entonces su época más feliz, donde se mezclaban la desorientación por la ruptura de sus hábitos de solterón con un bienestar que lo amanecía renovado. Con Roxana comprendió la diferencia entre hacer el amor y dormir con una mujer y en los vaivenes de la noche necesitaba el contacto de un pedazo de su cuerpo para tranquilizarse, Como si temiera perderla en algún sueño.

Una mañana, vio con sus nuevos ojos que el tiempo estaba desbaratando la casa y se hizo el propósito de repararla.

- Tendré que contratar un albañil- Comentó mientras ella retiraba los platos de la cena.

Los que conocía se disculparon por estar ocupados con otras obras, pero días después un hombre delgado y tostado por el sol, golpeó su puerta y presentándose dio referencia de sus trabajos.

Durante la semana observó su trabajo cavando cimientos y cuando la pared comenzó a levantarse, impecable en su plomada y pareja en su estructura supo que podía confiar en él.

Tomó el camino de la izquierda y al llegar al cruce escondió el automóvil y penetró en el monte. Lo recibieron las sombras calientes, un vaho de hojas podridas y un silencio de cementerio. Se sintió desvalido. El monte le producía siempre la sensación de estar desnudo y de ojos que lo estuvieran vigilando, al punto de no poder entrar en esas soledades sin un arma que lo hiciera sentir protegido.

Sentado bajo la sombra del parral, veía la rapidez y exactitud con que el albañil alineaba cada ladrillo con un golpe seco de cuchara. Fue él quien pidió a su mujer que le llevara agua con limón para combatir el calor y Roxana se estremeció ante unos ojos grises que la miraron con respetuoso agradecimiento sin decirle nada.

Cuando volvía del trabajo le complacía medir el crecimiento de la tapia y cuando terminó se sintió protegido como si el recinto encerrara su felicidad; pagó lo convenido y el albañil se fue.

Al día siguiente, al regresar del trabajo, Roxana no estaba en la casa. Salió a buscarla y le informaron; el pueblo tenía ojos y oídos que todo lo sabían y lenguas que volcaron en sus orejas el veneno de lo sucedido.

Dos puntos aparecieron en la lejanía arrancándolo del sopor. Levantó el fusil y miró a través de la mira telescópica; la lente le acercó la pareja que venía caminando por la desierta ruta de tierra. Vio su cara congestionada por el calor, pero con una expresión de alborozo que le hizo doler el pecho. Trató de pensar en algo que aumentara su rencor y le diera fuerzas para hacer lo que tenía que hacer, pero solo encontró el vacío. Buscó un gesto, una palabra del albañil que lo hiciera sentir agraviado y encontró un silencio donde su odio golpeaba contra el aire.

Escuchó sus voces cuando pasaron a su lado pero no quiso levantar la cabeza para mirarlos. Después de todo,-pensó-el tapial lo protegería de los ojos de los vecinos.